

# Letras

mensuario de arte y literatura

REDACTAN: ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA.

SALVADOR REYES, MANUEL EDUARDO HUBNER,  
HERNAN DEL SOLAR, LUIS ENRIQUE DELANO.

OFICINAS: RECOLETA 731-F.—TERCER PISO. CASILLA 2292

AÑO I

Santiago de Chile, Enero, Febrero y Marzo de 1929

Nos. 9, 10 y 11

40 CTS.



"MELANCOLIA Y MISTERIO DE UNA CALLE"  
Pintura suprarrealista, por Georges Chirico

## Moralidad Literaria

En torno a la propaganda sin criterio ni medida que se han hecho así mismos algunos pseudo escritores, se han levantado últimamente ágricos comentarios.

Y con razón.

Desde el párrafo de "vida social" hasta el artículo bombástico, se ha echado mano de todo para exaltar la personalidad de sujetos que han tomado la literatura como campo de tontas vanidades. Pero no está el mayor mal en la actitud de esa gente, sino en la de la prensa, que les da la misma acogida—y aún mejor— que a los escritores de verdad.

Continuamente vemos en nuestros diarios párrafos que reproducen la opinión que sobre el libro tal o cual han vertido periódicos de pequeños pueblos del extranjero, hallamos juicios firmados por gente completamente desconocida en las letras. Estos párrafos son llevados a las redacciones por los propios interesados. ¿Qué se proponen los que obran así? Si quieren impresionar con ello a la gente de oficio, nada consiguen, pues todos sabemos quiénes son los que valen, y quiénes, los que a través de las fronteras, tratan de hacerse una situación a fuerza de elogios y amistades; si tratan de influir en el público, también salen defraudados, pues si alguien cae en el garlito y compra el libro en referencia, bien pronto se dá cuenta de la mistificación.

La cosa no tendría importancia, si no fuera que trae sus consecuencias y que las víctimas son los escritores serios que hacen obra honrada. En efecto, con esta propaganda, el público lector se desorienta, se engaña y terminará por creer que todo lo que se escribe en nuestro país, es cosa sin valor y sin honradez. Se impone, por lo tanto, que escritores y editores tomen medidas en defensa de sus intereses y dejen de mirar con indiferencia estos "casos" que a la larga serán funestos para el mercado de nuestros libros.

## LIBROS CHILENOS AL EXTRANJERO

Don Enrique de Mesa, jefe de la Sección Propaganda del Ministerio de Relaciones Exteriores, ha lanzado la idea de traducir algunos libros chilenos al inglés y al francés y lanzarlos en grandes ediciones en Europa y Norte-América.

La idea ha parecido excelente a algunos y pésima a otros. Se ha discutido acerca de si la literatura chilena tiene algún valor efectivo, alguna cualidad que pueda hacerla interesante para los públicos a los cuales se piensa enviarla.

Si parece raro que todavía se discuta el valor de nuestra literatura, más raro resulta que con motivo del anuncio de estas traducciones hayan surgidos negadores violentos de todos nuestros valores literarios. Pero, en efecto, ha sido así. Algún periodista, de esos que por diletantismo de la acción se dedican a combatir todo lo que no sea sembrar papas, (pero que se guardan muy bien de predicar con el ejemplo), ha aparecido convertido en el ángel exterminador de nuestros escritores. Según él aquí no hay nada digno de tomarse en cuenta; nuestra literatura es una copia de otras literaturas y nuestros libros se caen sólo de la mano de cualquier lector. Además—dice este periodista—aquí hay demasiado literatos gente inútil, engorrosa para el progreso nacional.

Todo esto, naturalmente, es petulancia y capricho. No se puede negar así, con intransigencia y absolutismo. Tratándose de literatura, de arte, la mayoría de la gente se resiste a creer que pueda existir algo grande, o por lo menos bueno, cerca de ella. Está muy bien que Baroja, que Parnit Istrati o London sean grandes escritores, pero que un señor se llame Zúñiga y que vive en San Diego o en la Alameda valga algo, resulta imposible para la mayoría de sus conciudadanos.

Y así, dentro de esta mayoría, surgen apóstoles que predicen el desprecio de la literatura y el exterminio de los hombres de letras. A través de ellos don Enrique de Mesa, con sus propósitos de difundir libros chilenos, aparece como un hombre extraviado, sin criterio alguno.

Sin embargo, la verdad es otra. Existe en Chile un grupo de escritores que ha hecho labor perdurable y digna en todo momento de equipararse a la de cualquier otro país sudamericano. Nuestros valores líricos de hoy son indiscutiblemente superiores a los valores líricos de la España actual. Nuestra novela, aunque todavía no haya producido la obra definitiva, cuenta ya con obras de positivo interés y, sin duda, está próxima a dar frutos máximos. ¿A qué conduce, entonces, esa intransigencia negativa?

No existe tampoco razón alguna para señalar a nuestra gente de letras como una rémora del progreso nacional. Podemos estar orgullosos de habernos mantenido siempre en una actitud seria y digna. Jamás se ha dado entre nosotros el caso del poeta coronado de laurel o de oro y que difunde su retrato ostentando el ridículo premio. Por el contrario, nuestros mejores literatos se han mostrado siempre modestos y alejados de todo exhibicionismo. Falsa o sincera, esta modestia ha perma-

necido y ha moldeado sus vidas. Insospechable es sin duda la actitud serena que siempre tuvieron dos grandes poetas muertos: Montalca y Magallanes. No hay pues derecho a que una literatura que cuenta con hombres así, sea tratada poco menos que como una escuela de holgazanería y de mistificación.

Si nuestros diversos Gobiernos han sido generosos con pintores, escultores y músicos, no lo ha sido en cambio con los literatos. No sólo no han existido premios para los mejores libros del año, ni concursos de importancia, sino que ni siquiera se han dado jamás facilidades editoriales de ninguna especie. Hasta la fecha, publicar un libro en Chile es una aventura que casi siempre cuesta algunos cientos de pesos al autor.

Ahora es la primera vez que, gracias a la iniciativa de don Enrique de Mesa, se ofrece la posibilidad de una ayuda gubernativa al libro chileno. Lástima que gente ligada por diversos puntos a las actividades literarias, sea la primera en aparecer condenando clamorosamente este propósito.

La encuesta que sobre la novela ha abierto "Letras" es la más valioso contribución que se ha hecho al esclarecimiento del problema literario-racial. Los estudios que se han publicado hasta hoy como contestaciones a esta encuesta demuestran ampliamente que contamos con elementos para producir obra sustancialmente nuestra. De estos estudios saldrá al fin algo que contribuirá a señalar la orientación para la novela representativa de nuestro país.

La idea del señor de Mesa es digna de aplauso. Tiempo es ya que se dé a nuestros escritores la importancia debida. Creemos que una ayuda gubernativa en este sentido no haría que el escritor perdiera su independencia como han insinuado otros.

"Alone" en un interesante artículo publicado en "La Nación" del Domingo 17 del presente, demostró todo lo futil que es la objeción de que nuestra literatura se parece a otras. "Que la literatura chilena es de imitación" dice Alone, ¿y qué? todas las literaturas son de imitación, todos los escritores proceden de otros escritores, como los hijos de los padres y los nietos de los abuelos. Claro que el que ha leído obras de una época y de dos o tres autores, imagina que son fenómenos únicos; pero si se extiende un poco la vista, en el acto se notan los parentescos y se pueden señalar los préstamos hechos aun, por los más chicos a los más grandes. Shakespeare se desharía si le quitaran el botín recogido en todas partes; Montaigne está tejido de sentencias de Séneca y de los clásicos latinos; Racine, Corneille, la Bruyère, La Fontaine se llamaban "traductores" de los antiguos y variaron sus obras en el molde y sobre los cimientos de los griegos y los romanos. ¿Son por eso menos maestros y menos nacionales?"

Esperemos, pues, los resultados de la labor iniciada por don Enrique de Mesa y esperemos también, para bien del prestigio de quienes la mantienen, que termine esa cruzada en contra de la literatura y de los literatos.

LOUIS LAMBERT.



# N O T A S

## ESTE NUMERO

Este número reúne los meses de enero, febrero y marzo. No se crea, sin embargo que, siguiendo progresivamente este sistema, llegaremos a editar un número por año. Nada de eso. Las vacaciones, la ausencia de algunos de nuestros redactores y la languidez habitual de todas las actividades en los meses de verano han sido las causas de que nos hayamos visto obligados a editar un solo número para tres meses.

De abril adelante ya normalizaremos nuestra publicación y aún introduciremos en ella reformas de importancia.

## ALBERTO GUILLEN

Alberto Guillen que, de paso al Brasil, se proponía pasar únicamente seis días entre nosotros, ha permanecido quince, retenido por la amistad de todos los escritores del país.

Guillen es una de las figuras jóvenes más interesantes del momento americano. Se destacó con "La Linterna de Diógenes", libro publicado a los veinte años y que reunía una serie de entrevistas a los escritores españoles de mayor figuración. El alegre desenfadado, la irreverencia pintoresca con que supo retratarlos Guillen, su sátira penetrante y original dieron a este

libro una gran repercusión. Las ediciones se agotaron y su autor pasó de golpe a disfrutar de la nombradía internacional. Luego, abandonando ya el terreno de la crítica demoledora, Guillen ha actuado en las avanzadas literarias de su patria, cooperando activamente a la obra fecunda de "Amauta" y publicando numerosos libros entre los que citamos: "Deucalión", "El libro de las parábolas", "La imitación de nuestro señor Yo", "Corazón infante" y "Laureles".

Poeta de hondo sentido humano, de escéptica raigrambre filosófica; prosista de imágenes vivas y de paradojas centelleantes, Guillen tiene ya lograda una obra perdurable.

Para "Letras" ha sido siempre un amigo cordial y en números pasados dimos poemas suyos que nos envió especialmente.

Los escritores de Chile le tributaron una simpática manifestación el jueves 21 de marzo que consistió en una comida en el Restaurant de la Quinta Normal. Asistieron los siguientes intelectuales:

Alberto Guillen, Pedro Prado, Eduardo Barrios, Mariano Latorre, Manuel Vega, Carlos Préndez Saldías, Domingo Melfi Demarco, Jenaro Prieto, Alberto Romero, Lisandro Santelices, Luis Meléndez, Ernesto Monge Wilhems,

Raúl Silva Castro, etc. "Letras" estuvo representada por Salvador Reyes y Manuel Eduardo Hübner. Deseamos felicidad a Alberto Guillen.

## ANIVERSARIO

El 6 de febrero se cumplió el 13 aniversario de la muerte del gran Rubén Darío. El tiempo no ha hecho otra cosa que elevar su genio, que afirmar su nombre como el del primer poeta de la lengua.

En la imposibilidad de rendirle un homenaje, "Letras" se limita a recordar este aniversario.

## COMIDA A ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA

La publicación de "La Ciudad Invisible" motivó una gran manifestación al poeta Angel Cruchaga Santa María. Consistió en una comida que fué sin duda la más concurrida de cuantas han celebrado los escritores chilenos. En medio de la mayor cordialidad y entusiasmo se exteriorizaron las simpatías y admiraciones de que goza nuestro poeta. Esta manifestación revistió los caracteres de un verdadero homenaje. Asistieron las siguientes personas: Angel Cruchaga Santa María, Joaquín Edwards Bello, Manuel Eduardo Hübner, Rafael Alberto López, Miguel Avila, Jorge Hurtado Baquedano, Francisco Agui-

lera, Eleazar Vergara, Benjamín Morgado, Raúl Lara Valle, Carlos Casassus, Luis Bernisoni, Jorge Hidalgo, Jacobo Nazaré, Alberto Rojas Jiménez, Nicanor Allende, Enrique Pérez de Arce, Valentín Saldías, Rafael Aguilar, Eugenio Pereira, Dr. Jaime Vidal, Fernando Mardones, Estrada Gómez, Salvador Reyes, Luis Enrique Delano, Hernán del Solar, Julio Barrenechea, Dr. Leoncio Andrade, Carlos Préndez Saldías, Tomás Gatica Martínez, Ramón Valenzuela Matte, Isaias Cabezón, Lautaro García, Galileo Urzúa, Clemente Andrade Marchant, Luis Saldort, Manuel Vega, Abel Valdés, Alfredo Gandarillas Díaz, Alberto Romero, Jenaro Prieto, Ciro Alvarez, Roberto Humeres, Héctor Banderas, Homero Arce, Rosamel del Valle, Eleodoro Domínguez, Domingo Melfi Demarco, Mariano Latorre, Jorge Vial, Javier Rengifo, Alberto Arcaya, Franco Paoloantonio, Fernando Oyarzún, Adolfo Allende y Luis Meléndez.

Excusaron su inasistencia: Carlos Jorge Nascimento, Tomás Lago, Ernesto Georgi, Carlos Acuña, Manuel Gandarillas Díaz, Hernán Pereira, Julio Vásquez, Nicolás Maturana, Raúl Cuevas, Camilo Mori, Alejandro Baeza y Byron Gigoux James.

## "POEMARIO"

El joven poeta Jacobo Danke, de quien ya hemos publicado algunos poemas que han llamado la atención, lanzará en breve un pequeño libro titulado "Poemario", escrito en colaboración con Oreste Plath. El libro contendrá cinco poemas de cada uno. Plath nos es desconocido; Danke se señala como uno de los valores nuevos más firmes.

## JOAQUIN CIFUENTES SEPULVEDA

En la Argentina, a donde había ido en busca de paz para su vida atormentada, ha muerto el poeta Joaquín Cifuentes Sepúlveda. No alcanzó su canto a dar el fruto máximo. Golpeado por el destino, se ha ido en plena juventud, dejando algunos libros, "Esta es mi sangre", "La Torre", en los cuales vació su dolor y la desorientación de su existencia.

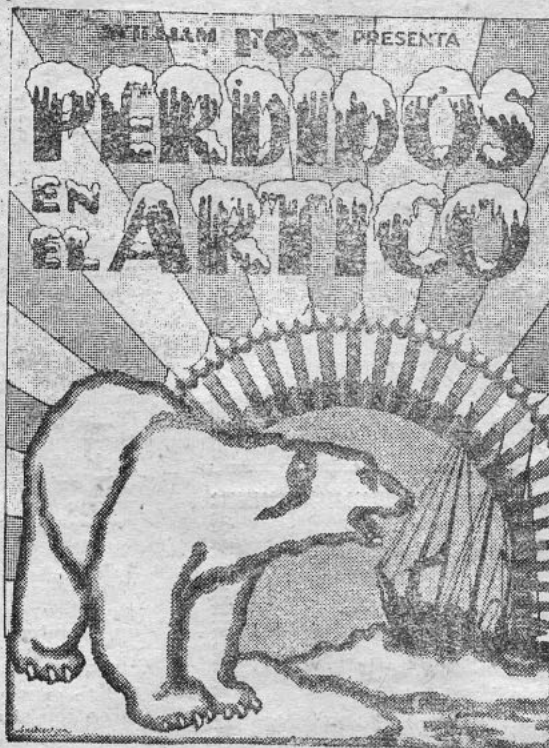
Era un poeta y su verso se prolongará en el tiempo, conservando su recuerdo y la emoción de su camino ya concluido.

## ISAIAS

Isaias Cabezón, nuestro gran pintor, ha partido nuevamente a Europa. Será para nuestros lectores una grata nueva el saber que lleva la representación de "Letras" y la misión de enviarnos correspondencias sobre arte moderno.

PERDIDOS EN EL ARTICHO, es la primera cinta filmada entre los hielos del Polo Norte. FOX FILM, que en este sentido ha batido todos los records, envió varios camaramen agregados a una expedición científica que partió en 1924, en busca de los restos de aquella otra pérdida el año 12, y en la cual figuraban ilustres sabios. Se han obtenido así vistas de un valor inestimable. Todos los peligros que tiene que afrontar un navío que marca al Polo, están expuestos, fotografiados, en forma tan admirable, que el espectador se siente anonadado ante la fuerza de los elementos de la naturaleza.

Es la más bella e interesante película descriptiva que se ha filmado. Tiene pasajes de sorprendente belleza y momentos de mucha emoción. La única cinta auténtica del Polo Norte.



Algunos pasajes interesantes de ésta gran obra cinematográfica:

El barco es aprisionado por los grandes hielos próximos a la Isla Herald, el último refugio del hombre en las latitudes polares.

La cacería de la ballena por expertos pescadores. Los peligros.

Una furiosa tempestad en los mares del Norte. El capitán ordena arrojar al mar los cajones de alimentos, para alivianar el barco.

La lucha feroz del oso blanco contra los hombres que lo persiguen. El hermoso animal se debate entre los hielos y las aguas, por huir.

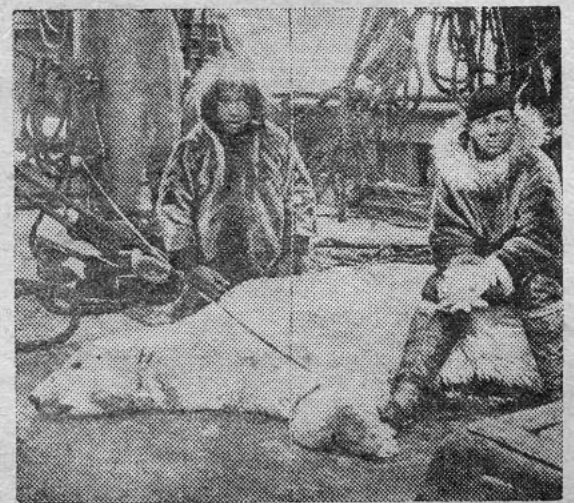
La cacería de las focas y de las morsas.

La llegada a la tierra esquimal. Costumbres de los esquimales.

La expedición llega al Polo y encuentra los restos de sus camaradas, los ocho exploradores perdidos.



No deje de verla Ud. el Martes  
23 DE ABRIL  
EN EL  
**VICTORIA**





# 15 MINUTOS CON ALBERTO GUILLÉN

—Hola, Guillén!  
—Hola!...

Un abrazo. Así, amigos de tanto tiempo que nos encontrábamos por primera vez en un corrillo de la calle Huérfanos. Guillén, el de "La linterna de Diógenes", el de "Deucalión", está aquí, vestido de café claro, con su sombrero Príncipe de Gales y sus ojos que a cada rato se le marchan en persecución de la beldad que pasa...

—Tenemos tanto que conversar!  
—Sí, desde luego, 15 minutos para "Letras", que ya está por aparecer.

Guillén es afectuoso, alegre; un hombre jovial por encima del escritor. Pero en Huérfanos no cabe entrevista. Hay demasiadas chicas bonitas. Guillén ya no se acuerda para nada de las limeñas. Mañana, en Brasil, tampoco se acordará de las chicas de Chile.

—Pero vamos al grano, es decir, a la entrevista. Esta noche conversaremos en tu casa.

Esa noche, la habitación del poeta en una residencial de la calle Ahumada, está llena de escritores. Guillén, con una chaqueta de pijama, se pasea de un lado a otro. Cada cinco minutos se oye un golpe en la puerta, y aparece un nuevo literato. Préndez Saldías propone un paseo. Guillén se entusiasma. Manuel Eduardo Hübnér hace proyectos fantásticos. Todos terminan hablando a la vez.

—Hombre, Guillén, mejor será que te deje un cuestionario y tú lo llenas a tu antojo. Aquí no hay manera de entrevistar.

A la mañana siguiente el cuestionario está completo, con extensas respuestas.

—¿Quieres darme, Guillén, algunas ideas sobre la nueva poesía?

—La verdad es que nunca me he parado a pensar en lo que es la nueva poesía. Soy un poeta, no un teorizante ni un profesor. Pero ya que me pides algo, te diré que creo que la nueva poesía ha matado la declamación y la retórica. Vino a podar toda frondosidad y todo ahuecamiento de la voz. El nuevo poema es mondadito y desnudo como un haz de luz. No cabe el ramaje tropical en el hombro del poste. El nuevo poema está parado aquí en la vereda de la vida moderna como un poste lleno de hilos, crucificado de mensajes, cargado de cielos y trepidaciones.

Además es esencia. Con lo que los viejos poetas hacían un libro, nosotros hacemos un poema. En vez de vestirnos de histriones, desnudamos el esqueleto y lo mostramos desnudo. Hay poema mío, como "El cazador de moscas", que resume toda la tragedia de una adolescencia acerba y empujada. Y otro, como "El sembrador", es el resumen también de todo un libro de cincuenta y cuatro viejos sonetos que rompí un día. Antes de romperlo, lo leí, cogí unas cuantas imágenes y, como el responso de ese libro que iba a desaparecer, hice ese solo poema.

—¿Saldrá una segunda serie de "La linterna" de Diógenes" con siluetas de escritores chilenos?

—No, Salvador. Precisamente siluetas de escritores, no. "La linterna" fué travesura que no se volverá a repetir. La vida nos enseña a ser formales. Sancho y Perogrullo se sientan al lado de nuestra mesa y nos dan de codazos cada vez que queremos dejar las cuatro patas y tirar nuestra risa por encima de las cuatro esquinas de la vida. Pero con todo, tengo la manía del diario. Escribo casi todos los días las impresiones del anterior. Es mi especie de rezizo cotidiano a Nuestro Señor Yo.

Y como este Yo es un espejo bufón y jovial, copia paisajes y hombres con su alegría y su burla siempre alertas. Tengo casi ya un libro escrito desde el día que salí del Callao. Todo el viaje y todo el Chile que yo he visto desfilan cinematográficamente en esas páginas alegres. Estoy encantado de este país, el más hospitalario del mundo. Lo escogería si me dieran a escoger—añela para mi corazón pirata (Cuidado, que te estoy repitiendo, amigo Reyes). De ahí que este Yo-Espejo, está un poco empañado por este vaho de tantos afectos y las siluetas, muchas siluetas de gentes, me saldrán borrosas bajo una neblina de cariño. Hombre soy, querido Salvador... Quizá publique este libro, al que llamaré "Espejo que camina" o "Diario de un Diógenes de buen humor".

—¿Cuál de tus libros te parece más definitivo?

—El que aún no he escrito. En esta fiebre de producir y amontonar cuartillas, voy tirando libros en el rincón de mis días sin que llegue aquél que sea mi obra definitiva. Creo que no arribaré



nunca. Quizá cuando deje la literatura o la literatura me deje a mí, haga la obra simple, desnuda, humana, cabal y perdurable, que espero de este yo trahumante, jovial, voluntarioso y malabarista.

—¿Carácter de la novela moderna?

—Vuelvo a decirte que no sé teorizar, que no tengo ideas estéticas ninguna y que no te sabría esperar de este yo trashumante, jo-definir ninguno de los géneros literarios. Con todo, creo que la novela es la madura sonrisa de una vida o de una época. Se llega a ella después de todo lo demás. En este "lo demás" está el verso, el pensamiento, la lírica pura. Creo que en América vamos ya consiguiendo aciertos perdurables. LOS DE ABAJO, LA VORAGINE, DON SEGUNDO SOMBRA, son cosas que quedan. Ustedes los chilenos van camino de hacer también alguna gran novela. Tienen novelistas maduros y ciertos que no quiero citarte por ser muchos y pequeñas obras maestras que todos conocemos y que se concretarán un día en la definitiva obra novelesca que Chile llevará para el acervo de América.

—¿Autores predilectos?

—Ninguno. Sigo con mi Biblia protestante bajo la axila viajera y mi Quijote pequeñísimo, edición Calleja. No los leo, naturalmente.

Pero sé que los llevo. Están en mis huesos. Con todo, por hoy me apasiona Keyserling. Lo encuentro el más vitalizador y energético de los espíritus modernos. Filósofo de aquellos a quienes se les puede decir que son camino, verdad y vida. ¿Te dije que no tenía autor predilecto? Mentía, hombre. Leo a Guillén. Pero no en sus obras, en sus días, en sus manos, en la guiñada múltiple, trágica, risueña, desconcertante de sus mil espejos.

—¿Próximos libros?

—Nacimiento me ha pedido dos. "Antología Peruana" y "Epigramas cargado". Es este un libro de "sexo cargado", como decía de mi obra ese muchacho culto y ponderado que se llama Silva Castro. Será libro de los que llaman de escándalo. El verso va desnudo y enseñando cosas que avergüenzan niñas. En Buenos Aires, creo dejaré otro libro en la "Editorial Claridad". Y Aguilar, de Madrid, me publicará el Muestrario de Poetas Jóvenes que me piden salir del limbo donde gimen como dantescos gritos notados.

—¿Nuevos escritores del Perú?

—Hay tantos como en cualquier país de América. Hora de improvisación de poetas y revistillas que se mueren naciendo como las albas. Con todo, creo que tras de Egurén hay que colocar a Vallejo y después de Vallejo a Peralta. Vallejo trajo la emoción del criollo, y Peralta la del indio. No puedo dilatarlo. Tras de Vallejo pongamos a los hermanos Peña, dos, a los tres hermanos Bolaños, a Magda Portal, a Mario Chávez, a Xavier Abril, a José Varallanos, a Guillermo Mercado y a Carlos Alberto González. Quizá se me olvide alguno. Si es así, puede el interesado venir a hurgar los bolsillos de mi chaleco.

—¿Obedeces a algún método literario?

—Sí: al de no hacer literatura. Soy el menos literario de los literatos. No hago literatura, Dios me perdone. Vivo. Sueño. Devoro la pulpa jugosa de la vida con colmillos de perro. Me doy a todos los vientos del mundo con frenesí de corsario. Exploro almas con agudo placer de escalpelista. Rfo. Lloro también, ¿por qué no?, cuando la risa no es bastante. Y, luego, alguna vez, me acuerdo de que puedo decir todo eso, de que es necesario que lo diga. Pero para mí mismo, con avaricia de ava-

ro Casanova. Guardo mis tesoros como un Barba Azul, colgando muñecas degolladas de todos los ganchos de mis libros cerrados con las siete llaves de la falta de editores. Luego sigo viviendo, así: en egoísta desenfundado y abierto a todo beso, sea de labio o de colmillo.

—¿Qué importancia atribuyes a los viajes en la vida del escritor?

—Enorme. Nos renueva. Nos liberta del yo de ayer. Tiramos en el viaje el yo de ayer como colilla de cigarro. Pero para eso es necesario que el barco avance. Que el nuevo humo del nuevo cigarro hienda el nuevo cielo. Que los ojos se enciendan en curiosidad de cosas nunca vistas. ¡Ay, tan vistas!

Yo, por ejemplo, me he libertado siempre de Yoes canos con mis viajes imprevistos, desgarrados, zigzagantes. Si no, no tengo más que contarle mi última cadena. Limeñísima Circe por poco me convierte en cerdo. Largos días bebí en su boca incomparable el néctar que embriaga y enloquece. De pronto siento el ala que me tira. Lloro lágrimas de Romeo payaseante y me voy con mi vientro bajo el brazo como una honda quechua. Voy de caza. Ciudades, corazones, cóndores, cielos, caras de hombre caerán al tiro de mis piedras. Y aquí estoy. Diógenes ríe de nuevo en su tonel viajero, sin que la Circe omnipotente deje de llorar con los brazos abiertos en el acantilado muelle de mi Lima. Hombre soy, te dije, amigo Reyes; pero también espíritu. Me debo a él, porque cada uno de nosotros es el balbuceo de esa gran palabra que va a decir al mundo nuestra raza.

Así es Alberto Guillén. Escribe como habla, vive como escribe. Es pequeño, de una simpatía dinámica y jovial. Su teléfono le murmura siempre al oído el nombre de una mujer. Me parece que el nombre cambia con frecuencia. El se ríe, dice un chiste, discute con Augusto Iglesias, que está empañado en demostrale que hoy no existen poetas...

Un amigo, en buenas cuentas, un gran amigo este Alberto Guillén, que deja la impresión de un hombre sin más actitud interior que su poesía, su ancha sinceridad amistosa y su alegría de vivir.

S. R.

## UN HOMBRE FANTASMA

INEDITO PARA "LETRAS".

(Traducción de D'Halmar, especial para "Letras").

Un hombre, con gracia y encanto, ¿de dónde puede venir, en este mundo actual, en que hasta la mujer desdeña encantar y con-graciarse? Un hombre dotado de ternura para con los seres y de simpatía para con las cosas; que sin descuidar la acción sepa abstraerse y abarcar con ojos que no ven, los horizontes ficticios; que en fuerza de ser lúcido, nos parezca sonámbulo; que por atracción nos repela; un hombre que viva consigo y pueda ausentarse de sí mismo, y se burle, por pudor, de su propia bondad, ¡yo no sé dónde habrá que ir a buscar a ese hombre!

Y sin embargo, en este mundo banal, tropezamos de tarde en tarde con alguno que estando con nosotros parece hallarse ausente; que cuando nos escudriña no suele ver sino nuestra alma, como va más allá de toda realidad imaginaria, cuando contempla el malabarismo de las cosas; un hombre, a la vez contemplativo y avizor, que silenciosamente puede hacerse cargo de nuestro secreto, por virtud de su simpatía humana; cuya voz arranca de lo hondo y cuya mirada va a lo lejos.

A ese hombre extraño y raro, tan cerca de nuestro corazón, como diferente de lo que los demás somos, no le preguntemos de dónde es, pues lo mismo pudo haber nacido en nuestra Europa ya difusa, que en la América todavía embrionaria, ni sé si es almirante o desertor; preguntémosle sólo de dónde viene. Y si no nos comprende, si no responde, si se calla, ya sabemos, porque lo sabíamos, que procede del único punto donde debe ir y de dónde puede venir un hombre así: ¡Oriente, Oriente!

Febrero 1929.

AUGUSTO D'HALMAR

O CAR DE LUBICZ MILOSZ

Fantasma de los días de sol sobre Bagdad,  
Luz de las alhajas de Scherezada,  
"Astro de plata" de las viejas baladas,  
Mediodía nublado de las flores enfermas,  
Mece mi languidez encantada, ¡oh luna!  
Reina desolada de los reinos  
Que no han existido nunca;  
Misterioso verano  
Que hace madurar el opio,  
¡Viérteme tu ensueño deslumbrado, oh luna!  
Confidente del insomnio de las estrellas.  
Vapor de diamantes y de perlas del velo  
De tu sacerdote Heliogábalo,  
Sol de primavera de los ópalos,  
¡Cúbreme con tu amor precioso, oh luna!  
Campana blanca que doblas en el Tiempo  
El toque a muerto de los años que el olvido arrastra,  
Espejo empañado de las novias difuntas,  
Lámpara de la Bella Durmiente,  
¡Oh tan sola, tan sola,  
En el mar sin riberas del recuerdo, oh luna!





EL

## Disco Nacional Odeón

Se destaca por la selección de las composiciones que integran su repertorio, el prestigio de sus intérpretes y la alta calidad de su fabricación.

Trae de tierras sureñas la alegría contagiosa de nuestras cuecas como también la tristeza de nuestras tonadas.

EXCLUSIVIDAD:

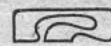
**Max Glücksman - Santiago**

## Las últimas publicaciones nacionales:

GONZALEZ VERA.—“Alhué”.....	\$ 5.00
A. ROMERO.—“La Tragedia de Miguel Orozco”.....	\$ 6.00
JENARO PRIETO.—“El Socio”.....	\$ 6.00



OBRAS DEL NOTABLE NOVELISTA, MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, DON RAMON PEREZ DE AYALA



“Belarmino y Apolonio”.....	\$ 7.50
“El ombligo del mundo”.....	\$ 7.50
“La pata de la esposa”.....	\$ 7.50
“Los trabajos de Urbano y Simona”.....	\$ 7.50
A. M. D. G., “La vida en un colegio de jesuítas”.....	\$ 7.50
“Luna de miel, luna de hiel”.....	\$ 7.50
“Las máscaras”, dos tomos, (Críticas).....	\$ 15.00

Sección Librería (Primer Piso)  
**Gath y Chaves**



## NANCY STEVENSON

I

Subió al dormitorio a recostarse. Delgada claridad entraba desde la calle, y los espejos la repartían en una luz livianísima. No lloraba. No sentía en el rostro el escozor del golpe reciente. Una penumbra igual al medio la mantenía sin movimientos y sin imágenes. La bofetada de Mr. Harold era un hecho lógico en su vida hecha, fatalmente, de absurdos. Sin embargo, pudo haber sido distinta, pudo ser...

Una mano del viento entró por la puerta y abanicó las cortinas contra la ventana. Luego, la luz eléctrica, de golpe, apretó el color de la noche sobre las casas del frente.

—Nancy!  
De pie en el dintel, alto, como si sostuviera el marco de la puerta, Mr. Harold completaba la forma de su boca, devolviéndole la pipa.

—Es preciso terminar. Sea usted razonable.

Ella se oprimió la nariz con el pañuelo pequeñísimo y lo puso entre los almohadones.

—Mi solución es la única práctica, Nan. Usted me encontrará razón.

Nancy no pretendía discutir. Pero se contesta a menudo sin ánimo de discutir, y más cuando se habla a Mr. Harold Stevenson, el gerente de la fábrica de neumáticos.

—Es absurdo, es cruel, es injusto, Harold.

—¡Oh! no compliquemos las cosas. Nosotros no nos entendemos, y cuando dos personas no se entienden, deben separarse. Lógica elemental, Nan.

—Hasta qué extremos se llega!

—Precisamente. Lo ocurrido es muy desagradable, porque la violencia me es odiosa, créame. Y como también me es odioso discutir, para evitar nuevos incidentes mortificantes, le propongo nuestra separación. Además...

—Sí. Lo sé, lo sé. ¡Por favor no lo repitas!

—Es preciso hablar con claridad. Mejor aún si usted no olvida mi propósito de casarme con Madlen. Debe comprender entonces que es indispensable poner fin a nuestras relaciones.

Inútilmente hubiera querido alzar la voz en rebeldía. El trato de Mr. Harold limó sus altiveces y sus palabras. La única expresión de sus ideas eran esas sonrisas que, bajo la seriedad de los ojos, mentían con infantil inocencia. Sólo ahora fuerzas extrañas llegaban a defenderla ante su propia extrañeza. Protestó:

—Tú no harás eso, no lo harás si tienes conciencia. Yo...

—No se exalte, Nan. Usted sólo está bien cuando calla. Hemos terminado.

—Yo nunca te hice nada, accedí a tus caprichos, me adapté a tus costumbres.

—Tal vez, pero no es usted una mujer para mí. Es demasiado niña, demasiado ingenua, Nan.

Sintió vergüenza de la verdad como si la insultaran. La culpa era de su silencio y su sonrisa.

—Resuélvase en este final de semana. Le doy el pasaje y cuanto necesite. Usted ya lo sabe: me desagrada perder el tiempo. Buenas noches.

—Espérate! —gritó ella.— Escúchame antes! Tú has sido el ingenuo, tú! O qué te figurabas? Yo, óyeme bien, yo, sin

decírtelo, sin pedirte permiso, te engaño, tengo...

De una carcajada metálica, Mr. Harold le cortó la frase.

—Usted? ¿Usted otro amante? No me invente novelas. Si sólo sabe ser ejemplar!

—Mentira. Aquí mismo, en esta pieza...

—Qué original y qué niña es usted, Nan! No me haga perder tiempo. Tiene esta semana para resolverse. Le doy el pasaje y cuanto necesite.

De nuevo se alzaron las cortinas, abriéndose, y Nancy, de pie, dándole la espalda a la ventana, empezó a sufrir un angustioso escozor en el pecho y deseos de andar, de andar. Giraba por la pieza y, de paso, llamó por el timbre a la doncella. Y bien, todo se reducía a algo sencillísimo: se le despedía como a una ayuda de cámara. Mientras la doncella fué desvestiéndola, y le ayudó a calzar las pantuflas y la pijama de seda, desenvolvía sus pensamientos hechos una madeja confusa. No recordaba sino torpezas, equivocaciones, y ahora precisamente, no conseguía distinguir cuántas de aquellas cosas fueron sueños, o reales. Veía un pueblo. El pueblo de las películas provincianas o de las estampas románticas. Sí, las calles anchas y un campanario alto sobre los aromos. También una casa de galería humilde donde una muchacha sin porvenir mira pasar por los vidrios llovidos las horas incontables. Una muchacha muy difícil de reconocer. Siempre nos ocurre lo mismo ante nuestros retratos antiguos. Después un tren, paisajes móviles entre los

hilos del telégrafo alineando las primeras estrellas. Después... ¡Bah! el resto lo saben a conciencia las paredes de esta casa. Y, finalmente, se reducía todo a algo sencillísimo: se le despedía como a una ayuda de cámara.

La doncella salió. De pronto empezaron a molestarle a Nancy los tapices de lujo, la felpa de los cobertores y apagó la luz. Otra vez en la calle, la noche se hizo levemente celeste. Como un perrillo faldero dormido a sus pies, sintió Nancy la piel de la bata, y sin quererlo se le cerraron los ojos. Porque su vida pudo ser distinta. Haberle dado, en el peor de los casos, un cuarto pobre—el de la doncella, por ejemplo—. Los muebles humildes, catre de fierro, frazadas de mezcla, serían suyas. Suyas. O el hogar modestísimo a donde llegara el marido a descansar en su cariño, tarde a tarde. Un marido. Iba y venía de una idea a otra adornándose igual que en un vaimén de hamaca: un cuarto pobre; el marido trabajador. Un cuarto pobre... Insensiblemente, las imágenes perdían vigor, para confundirse como en una placa velada. En cambio, adquiriría relieves de fondo único, la frialdad insolente de Mr. Harold. Ah! si al menos tuviera un recuerdo íntimo para avergonzarse y vengarse! Pero él estaba seguro:

—Es usted muy ingenua, Nan. Sólo sabe ser ejemplar.

Entonces un golpe de sangre le encendió el rostro lo mismo que una bofetada. En ese momento aparecieron Mr. Harold

y Madlen. Madlen, rubia, alta, ojos que ven sin mirar, hace un contraste violento con los tonos oscuros de los muebles. Caminan de frente hacia ella y pronto están cerca. Muy cerca. Llegan junto a la marquesa sin haberla visto, a sentarse casi en sus faldas. Y aún no la perciben, porque no existe. En realidad, ¿quién es Nancy Stevenson? Sólo un nombre del agrado de Mr. Harold. Pero ella existe, dueña de sus actos, audaz para vengarse. Por eso va de prisa entre callejuelas equívocas. Es ahí, en esa casa, sin duda... El, desde mucho antes, la esperará impaciente. Algún día cuando Harold descubra el engaño, comprenderá qué juego de niños es para una mujer débil poner en ridículo a todo un gerente de la fábrica de neumáticos. Pues lo engaña, con ensañamiento, con pasión, deliberadamente, entre los brazos de un hombre sin rostro.

Los espejos hacían un amanecer de juguete en el rostro dormido de Nancy Stevenson, embriagado por una sonrisa extraña y pérfida, como si no fuera suya.

II

El disparo cayó sobre el sueño de Nancy guillotínándolo. Se encontró de pie sujeta al picaporte de la puerta, escuchando sin oír. Seguía el silencio. Apenas el roce levísimo de las cortinas en la ventana. También el aire le ponía unas medias de hielo a sus piernas desnudas. Después corrió. A sus espaldas cerróse la puerta como otro balazo. Bajaba de prisa la escala, recién salida del sueño con la

## P O E M A S

I

Noche de primavera,  
sombra en que el amor aguarda.

Tengo mi corazón henchido  
de juventud y sombra,  
y estrujo las entrañas de la noche  
para exprimir el jugo amargo  
que endurezca mi vida atribulada.

Esperanza de ser, desesperanza,  
romanticismo de soñar en vano,  
y una y otra vez desesperanza.  
Tormento hundido en las más hondas  
raíces de la vida.

Y la bondad y Dios y la justicia  
como un corro de niñas candorosas  
que nos sonríen de una azul ribera  
donde atracar no puede nuestra barca.

Noche de primavera,  
sombra en que el amor aguarda,  
colmada como una ola o un vientre de madre,  
suave como una cabellera;  
inquietante, exultante, dionisiaca,  
como un tenaz aroma que aspiramos  
en la tibieza de una mano amada.  
Colmada como una ola  
para vivir la vida entera en ella  
o llorarla hasta el propio corazón  
de Dios.

Noche de primavera,  
sombra en que el dolor aguarda,  
quiero beber tu jugo amargo  
para entonar mi vida abandonada  
y mirar largamente las estrellas.

II

Viví un poco la vida, y no la busco.  
Negra torre sin sombra fué la mía.

Hasta los cielos levantó su mole  
sin que nadie jamás la percibiera.

Si hubiera vivido más, acaso  
me hallaría tan triste como ahora.

—¿Qué lejos está Dios en mi silencio!  
Sólo en la sombra puedo ver su rostro.

Hora de los pinos taciturnos,  
hora de la quietud parada y grave.

Vacíos de presencia eterna, giran  
los hechos en redor de mi nostalgia.

¿Un año más? ¿Un siglo más? ¿Qué importa?  
Soy quien soy en la espera desolada.

Sé que existes y mi única alegría  
es buscarte por montes y quebradas.

Me creerían el amante que oye  
el rumor de unos pasos en la sombra.

Este silencio vasto se ha caído  
de la última campana vespertina.

Y soy como el amante solitario  
que espía alucinado los caminos.

Viví un poco la vida, y no la busco.  
El día está a mis pies, quebrado, inútil.

III

Venías y te alejabas, venías y te alejabas  
como una libélula de humo en la sombra dolorosa.  
Mi corazón se moría entre tus redes de niebla.  
Como un valle de pizarras me oprimía el mundo  
en sombras.

Traías la última lámpara con su largo tul  
flotante.  
Traías la última seda a mis montañas de espanto.  
Niña azul de lagos hondos, niña clara de jardines.  
Ví de nuevo los crepúsculos por el lirio de tu  
mano.

Venías y te alejabas invisible como un sueño.  
Mi ansiedad tenía al cielo arcos de alas angustiosas.  
Era tiempo de morir y tú me atabas al mundo  
con tu voz que resonaba como un cálido sollozo.

Venías y te ibas siempre te alejabas y  
volvías.  
No sé dónde estás ahora, niña azul de lagos  
hondos.  
Ni sé cómo eras. Me duele el corazón de rehacerte.  
No podrá encantarme la Muerte el resplandor  
de tus ojos.

Última ilusión, te hiciste noche negra,  
noche helada, noche mía.

FELIX ARMANDO NUÑEZ

confusión de quien se ve de improviso ante un reflector. En la última grada, algo tibio le detuvo los pasos. En ese instante se abrió la sombra en la forma de una caja de resortes. Nancy tenía a sus pies un cuerpo inmóvil. Al frente, Harold Stevenson, aún mantenía una mano en el conmutador de la luz. En la otra, un revólver.

Mr. Harold ordenó:  
—Vuélvase a su pieza, Nan. Esto no le interesa a Ud.

Ella miraba ya al hombre herido en actitud de no poder hacer nunca otra cosa. Con las rodillas casi juntas al pecho era, boca abajo y sin sangrar, un pelele de mecanismo roto en mitad del movimiento. Mr. Harold Stevenson no recordaba haber ordenado jamás dos veces. Tranquilamente fué hacia el teléfono. Nancy le miró alto, más alto que todas las dificultades, inalterable como un todo compacto, sin intersticios para permitir entrada a la duda, la inquietud, el miedo ni el remordimiento, dueño de la razón y la justicia. Llevaba puesto el gabán y de paso entregó su sombrero de copa a un mozo espantado. "Deben ser las 2, regreso del teatro y de acompañar a Madlen a su casa", pensó Nancy. Y cien pensamientos distintos le giraron como dados en un cubilete. Eran una cinta de escenas incoherentes, donde siempre, único motivo central, se mantenía impasible la actitud de Mr. Harold, indiferencia y confianza en sí.

Había dado un balazo sin más placer ni incomodidad que el de quien da un saludo o un cigarrillo. Veíalo frente a la policía explicándose en una frase:  
—Al regresar del teatro vi a este hombre huyendo. Disparé.  
Mr. Harold pedía comunicación.

—Con el cuartel de policía, señorita, tenga usted la bondad.

Nancy se inclinó sobre el cuerpo inmóvil, y tomándolo de los hombros, lo puso cara al techo. La misma sombra de su cuerpo le borraba el rostro. Parecía ser un muchacho robusto. Igual a muchos hombres vistos de paso. Igual a otros que no vió nunca. Sólo era un hombre, mejor aún: un hombre cualquiera.

—Sí, señorita. Con el cuartel...

No alcanzó a terminar. Nancy, con la cabeza del muerto en su regazo, lo besaba en la boca. Lo besaba frenética. Las mandíbulas de Mr. Harold se endurecieron como si trituraran una palabra horrenda. Nancy, muy blanca, casi desnuda en la pivama íntima, no se preocupaba de él, inclinada y temblando sobre el cuerpo inmóvil. Mr. Harold Stevenson anduvo sin soltar el fono, hasta cortar el cordón y como si le hubiera sujetado toda su medida, gritó:

—¿Qué es eso? ¿Qué hace, Nan?... Hable! ¿Qué significa?

Ella alzó unos ojos fríos, que no eran los suyos de siempre y los opuso un momento a los de Mr. Harold, fruncidos en un garabato iracundo.

—¿Qué significa eso! Explíquese usted, Nan. Se lo ordeno.

Entonces Nancy Stevenson oprimió más la cabeza del hombre muerto, asegurándose la prueba irrefutable entre los senos.

Y no dijo nada.

MOLINA LA-HITTE



# Los grandes Autores y sus mejores Obras

## LIBRERIA DE GATH & CHAVES

PRIMER PISO

GRACIA DELEDDA.— El camino del mal . . . . .	\$ 4.50
VIZCONDE M. DE VOGUE.— El amo del mar . . . . .	4.50
D. MEREJKOWSKY.— La muerte de los Dioses, 2 tomos	6.00
O. FEUILLET.— Un matrimonio del gran mundo . . . . .	3.00
RUBEN DARIO.— Los raros . . . . .	4.50
GVO. FLAUBERT.— Madame Bovary, 2 tomos . . . . .	6.00
GVO. FLAUBERT.— Salambó . . . . .	3.00
E. MURGER.— Escenas de la vida bohemia . . . . .	3.00
J. MARMOL.— Amalia, 2 tomos . . . . .	6.00
VICTOR HUGO.— Bug-Jargal . . . . .	3.00
VICTOR HUGO.— El hombre fiero, 2 tomos . . . . .	6.00
VICTOR HUGO.— El hombre que ríe, 2 tomos . . . . .	6.00
VICTOR HUGO.— El noventa y tres, 2 tomos . . . . .	6.00
VICTOR HUGO.— Los trabajadores del mar, 2 tomos . . . . .	6.00
VICTOR HUGO.— Los Miserables, 2 tomos ilustrados.	
ALFONSO DAUDET.— Poquita cosa . . . . .	3.00
ALFONSO DAUDET.— Frommoat y Risler . . . . .	3.00
ALFONSO DAUDET.— Tartarin de Tarascón . . . . .	3.00
ALFONSO DAUDET.— Los reyes en el desierto . . . . .	3.00
ALFONSO DAUDET.— El Nabab . . . . .	4.50
ALFONSO DAUDET.— Jack . . . . .	3.00
LEON TOLSTOY.— La guerra y la paz, 3 tomos . . . . .	9.00
EMILIO ZOLA.— Trabajo, 2 tomos . . . . .	9.00
EMILIO ZOLA.— Fecundidad, 2 tomos . . . . .	9.00
B. BJORNSON.— Almas en pena, pasta . . . . .	3.00
LEON TOLSTOY.— El cadáver viviente, pasta . . . . .	3.00
EDUARDO ROD.— Las rocas blancas . . . . .	3.00
G. MARTINEZ SIERRA.— El amor catedrático . . . . .	3.00
A. PALACIO VALDES.— La espuma, 2 tomos, ilustrados	12.00
E. PARDO BAZAN.— Insolación, con ilustraciones . . . . .	6.00
PEDRO MATA.— Ganarás el pan . . . . .	4.50
FELIPE TRIGO.— La altísima . . . . .	7.50
FELIPE TRIGO.— El médico rural . . . . .	7.50
FELIPE TRIGO.— Jarrapellejos . . . . .	7.50
FELIPE TRIGO.— El papá de las bellezas . . . . .	7.50
FELIPE TRIGO.— Alma en los labios . . . . .	7.50
FELIPE TRIGO.— Las ingenuas, 2 tomos . . . . .	15.00
FELIPE TRIGO.— Los abismos . . . . .	7.50
FELIPE TRIGO.— La bruta . . . . .	7.50
FELIPE TRIGO.— Sor Demonio . . . . .	7.50
FELIPE TRIGO.— Murió de un beso . . . . .	7.50
FELIPE TRIGO.— La de los ojos color de uva . . . . .	7.50
A. DE MUSSET.— La confesión de un hijo del siglo . . . . .	7.50
EDO. MARQUINA.— El beso en la herida . . . . .	6.75
PIO BAROJA.— César o nada . . . . .	7.50
PIO BAROJA.— La sensualidad perversa . . . . .	7.50
R. LOPEZ DE HARO.— La Venus miente . . . . .	7.50
R. LOPEZ DE HARO.— Entre todas las mujeres . . . . .	7.50
R. LOPEZ DE HARO.— Un hombre solo . . . . .	7.50
R. LOPEZ DE HARO.— Las sensaciones de Julia . . . . .	7.50

### OBRAS RECIENTEMENTE RECIBIDAS

VICENTE BLASCO IBAÑEZ.— El Conde de Baselga . . . . .	\$ 7.80
VICENTE BLASCO IBAÑEZ.— El señor Avellaneda . . . . .	8.00
VICENTE BLASCO IBAÑEZ.— La señora de Quiroz . . . . .	8.00
VICENTE BLASCO IBAÑEZ.— El capitán Alvarez, 2 tomos	16.00
VICENTE BLASCO IBAÑEZ.— Por la patria . . . . .	8.00
VICENTE BLASCO IBAÑEZ.— Ricardito Baselga . . . . .	8.00
JUAN LUIS ESPEJO.— Los amigos de Gómez Barbadillo . . . . .	7.50
J. ANDRADE.— China contra el imperialismo . . . . .	8.00
I. WORSKY.— La Rusia roja (Lenin) . . . . .	5.80
I. WORSKY.— La Rusia tenebrosa (Rasputín) . . . . .	5.80
L. TROTZKY.— Lenin . . . . .	9.00
L. LEONOV.— Los aldeanos de Vory . . . . .	8.30
F. W UPDE GRAF.— Los cazadores de cabezas del Amazonas . . . . .	15.00
F. OSSENDOWSKY.— Leonas del Rif y geishas del Japón	7.50

### OBRAS TECNICAS

H. OST.— Tratado de química industrial, 2 tomos . . . . .	\$ 75.00
C. I. ISTRATL.— G. G. Longineseu.— Curso elemental de Química y Mineralogía . . . . .	30.00
GINES MONCADA.— Elementos de laboreo de minas . . . . .	45.00
S. MIGUEL Y FERRANDO.— Geología . . . . .	42.00
G. BELLUZZO.— Las turbinas de vapor y de gas . . . . .	27.00
P. HEERMANN.— Tecnología química de los textiles . . . . .	70.00
SOROA Y CASTRO.— Manual del constructor y formulario para arquitectos e ingenieros, 2 tomos . . . . .	54.00
H. HUNZEL.— Recetario moderno del montador electricista	19.50

# EL PENSAMIENTO

encuentra el mejor conducto para transmitirse, en la

PALABRA

que, a su vez, quiere hacerse extensiva y encuentra un medio de conseguirlo en el

# TELEFONO

por intermedio del cual puede usted mantener una conversación en que su

PALABRA

transpone la distancia, llevando la fiel expresión de su

PENSAMIENTO

y evitándose así dificultades y explicaciones posteriores, que sólo puede evitar con el uso de este medio rápido y económico:

# EL TELEFONO

Chile Telephone Company



SERVICIO URBANO Y DE LARGA DISTANCIA



# CAPACIDAD Y VOLUNTAD ARTISTICA...

La nueva valoración del fenómeno artístico ha sido influida sin duda, por la pasión histórica de nuestro tiempo. Desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII, la humanidad europea quiso moldearse según la vieja cultura greco-latina y no se preocupó de interpretar su inmediato pasado gótico. Creíase en la continuidad histórica. Las ciencias y las artes destruidas durante la invasión germánica del siglo V tienen un primer renacimiento hacia el siglo IX, y esto se llama en Arte el estilo románico; tres siglos después sustituye a la basílica romana, convertida en iglesia cristiana, la catedral gótica; pero la razón profunda de este cambio es para los historiadores un hecho geográfico; se relaciona la iglesia gótica con la latitud en que nació, o como en la conocida interpretación de Chateaubriand, resulta de la fe medioeval levantada al cielo. El Renacimiento es para la crítica europea hasta Ruskin o hasta Busckhardt, como la recuperación de todo lo olvidado cuando la invasión germánica, y el Barroco les pasó inadvertido. La teoría didáctica y geográfica de las "escuelas": "decadencia italiana", "escuela holandesa", "escuela francesa", les permitía una explicación parcial de la vida artística de ese siglo portentoso que es el de Rembrandt y Velázquez, y el del "Discurso del Método" y el del Estado de Luis XIV, y que se llama el siglo XVII.

Pero, desde el siglo XIX, la Europa se revuelve de curiosidad histórica. Por primera vez en el siglo XIX, el historiador deja de ser el teórico de la política de su "Príncipe", o el cronista de su rey o el benedictino

que coteja fechas y escrituras. El mundo le debe al Romanticismo, con todos sus tanteos e inseguridades, el don de haber descubierto o más bien intuido muchas cosas que desaparecían bajo la generalización clásica. Lo exótico, lo distinto, el siglo XVIII lo rotulaba bajo aquella conocida frase: ¿Cómo se puede ser persa?; el Romanticismo, al contrario, se interesa por lo persa o por lo árabe o por lo chino, justamente por el hecho de serlo. Toda una mentalidad nueva es la que se expresa, por ejemplo, en aquel estupendo "Prólogo a la Historia de Francia", de Michelet. Es la historia de las "diferencias". Y cuando Michelet dice: "el terrible siglo XIV", nosotros sabemos bien que el historiador no nos va a transmitir una lista de reyes o una escueta exposición cronológica, sino un cuadro lleno de colorido como aquellos que Eugenio Delacroix — pintor de historia romántica — componía en los mismos días. Por otros caminos, la Historiografía alemana llega a la misma diversidad; y a la monótona "Providencia" de Bossuet sosteniendo con un hilo y en lenguaje ciceroniano el destino de los hombres, opone Ranke su concepción de la historia como conflicto, como lucha de voluntades en que siempre las naturalezas fuertes imponen su decisión. (Es la subjetivación de la Historia; la teoría carlailiana de los "Héroes", la "Biografía", insalvable escollo del Romanticismo; pero partiendo de la historia individual de los hombres, era más fácil llegar a la historia de los pueblos que con el método universalista del clasicismo).

Egipto, Caldea, son algunos de los mundos que descubre la pasión histórica del siglo XIX. Y aquí empieza el conflicto de los historiadores del Arte, al querer aplicar a los productos artísticos de estos pueblos los mismos conceptos de la Estética clásica. Los adjetivos con que los designan: "monumentalidad del arte asirio, convencionalidad del arte egipcio", expresan la importancia de definirlos y la necesidad de buscar su sentido, su voluntad profunda. De 1825 a 1875, la imaginación artística europea ensaya escuelas y maneras: pasa de la adustez de Ingres al festín histórico de Delacroix, vuelve a segar el viejo trigo de Francia con los realistas Millet, Courbet, y cuando el realismo ya degenera en fotografía, cuando la antigüedad clásica ya no puede proporcionar más motivos, cuando la pintura romántica ha repetido hasta la saciedad sus temas dramáticos—sus Otelos brunos y sus Desdémonas temblorosas — unas estampas japonesas llevadas a Europa (Utamaro, Hiroshige, Hokusai), enseñan a los europeos un arte fundado en la diversidad de lo fugitivo. Nace el Impresionismo. Pero el Impresionismo no es una creación única de los orgullosos europeos del siglo XIX; y en unos frescos egeo-cretenses anteriores en dos mil años a nuestra era, descubiertas a comienzos del siglo XX, se realiza una concepción artística análoga a la del impresionismo europeo.

Se interpreta también el Arte Primitivo. El Arte Primitivo no obedece a aquella simple y lógica acomodación de los conceptos que quería Lessing. El angustiado grito del hombre pri-

mitivo, prisionero de un mundo cuyos fenómenos no entiende, esclavo de sus "tabú", busca en el Arte como en la Religión y en el Lenguaje una manera de evadirse, de sentir y realizar su personalidad ante las fuerzas ciegas y caóticas que le rodean. El Arte expresa, así, una relación entre el hombre y el mundo exterior. Pero, ¿cómo valorizar esta relación? Cuando la Estética fué una interpretación de la belleza clásica, la valoración era muy sencilla: el Arte clásico descolló en la reproducción de los modelos naturales. La belleza estribaba entonces en la capacidad de reproducir aquello que se llama lo natural. (Esto explica para nosotros, el auge que tuvieron en su tiempo artistas como Cánova, tan poco significativos y tan impersonales para la crítica moderna).

Pero el criterio naturalista de capacidad falla cuando trata de explicar artes que no buscan su desideratum en la naturaleza, por ejemplo el Gótico y el Arte Oriental. Ya desde 1874, un crítico alemán, Guillermo Scherer, había hecho el análisis sutil de dos mundos artísticos y espirituales distintos: el mundo helénico y el mundo germánico.

Las cualidades del arte griego no convienen al arte germánico. Mientras que el uno se realiza en la claridad, la limitación y la forma perfecta, el otro es ilimitado e insatisfecho. Es intenso, más bien que claro. La "melodía infinita de la línea nórdica" llama Woringer este fluir que jamás reposa, del espíritu germánico. En cuanto al Arte Oriental, arte "ánimico" más bien que

"corpóreo", reposa en otras relaciones entre el hombre y su mundo exterior, que las que produjeron el arte clásico". (1)

El juicio naturalista de capacidad falla, pues, cuando quiere extenderse a la interpretación de todo ese gran complejo que se llama la Historia del Arte. Hoy no se cree, como en el siglo XVIII, en la unidad y misma condición de la especie humana, y cada grupo de humanidad plasmó su cultura en un sentido y una inclinación específica. Buscar ese sentido y esa inclinación, es el deber de aquellos que intentan comprender algo. Partiendo de la Sociología y la Psicología Etnica, algunos críticos alemanes han llegado a formular el concepto de voluntad artística. Con este nuevo criterio de apreciación, la ley no se aplicará al fenómeno — como lo hacía la Estética clásica cuando juzgaba artes distintos a aquellos según los cuales se formulara, — sino cada fenómeno producirá su propia ley. La dualidad de forma y contenido, escollo de todas las Estéticas con pretensiones universalistas, se resuelve así más fácilmente al aplicar a los productos de cada época artística la propia ley de su querer y su propia imagen del mundo.

(1) Kuo Hsi (pintor chino), en su libro sobre la pintura de paisaje, dice: "El artista debe, sobre todo, ponerse en relación espiritual con las colinas y los arroyos que quiere pintar". El recogimiento interior era para estos artistas más importante que el aprendizaje externo. El ritmo del dibujo oriental no tiene un origen racional; es un ritmo interior como el de la música. (Conde de Keyserling.—Diario de viaje de un filósofo. Tomo I, pág. 301).

MARIANO PICON-SALAS

## C R I T I C A D E L I B R O S

### "EL SOCIO", NOVELA POR JENARO PRIETO

Si no existiera ya El Poder de la Mentira, la novela profunda de Bojer, nos habría agradado ver bajo el título del último libro de Prieto, ese subtítulo tan expresivo. No es que comparemos una cosa con otra. No. Son diversas. Sustancialmente diversas. Diversa interpretación de la realidad. Diverso estilo. Diverso contenido emocional. Todo, en suma, diverso. Un solo punto, sin embargo, de contacto: la mentira central, que en ambas novelas arrastra a los héroes y los lleva a afrontar las más absurdas y trágicas situaciones, para mantenerla. Un hombre del Norte, de las regiones frías, ha trazado un problema trascendental, hondo, de aguda inquietud humana. El hombre de las tierras meridionales, vecinas al trópico, en esta otra banda del mundo, en un medio que no cotiza las inquietudes, sino para ponerlas en solfa, mariposea sobre la vida, se divierte con sus héroes imaginarios, los lleva atados de los pies y ríe, ríe, a veces estrepitosamente, en otras, con una amargura que no alcanza a desgarrarnos. Suponemos que los lectores todos han leído el libro de Prieto, y queremos ahorrarnos el relato del argumento. Por

lo demás, el material de los humoristas está en los contrastes, en los equívocos, en las expresiones irónicas, contradictorias y ridículas de los seres humanos, muchas veces en el dolor y en general, en la observación más o menos afortunada que le merezca el espectáculo tedioso de la vida.

Prieto es un hombre singular. Da la impresión de que no toma en serio la vida. Por lo menos la vida de los libros. La vida exterior, independiente de los libros, debe, sin duda, inquietarle como a la mayoría de los hombres que escriben. Sin embargo, el periodismo de los días tumultuosos de la vorágine electoral, hizo de él un escritor apasionado y unilateral Prieto estaba al otro lado de la trinchera, y cada día, una breve columna de diario, irónica y móvil, arrojaba sobre los adversarios políticos, las puntas disolventes de sus sarcasmos. Se divertía entonces con héroes de carne y hueso, sujetos al viento tornátil de las pasiones electorales; como ahora se complace con estos héroes arbitrarios, cogidos al azar de las observaciones y los pasiones o los agita entre las pasiones pequeñas y contradictorias.

No es necesario exigir, en este libro, un acuerdo sólido con la realidad. Desde luego, el autor nos advierte, con una cita de

Wilde, que los personajes ficticios son los verdaderos personajes novelescos. El socio vive, justamente, como suelen vivir en el teatro, los personajes que no vemos, al que todos nombran a lo largo de tres o cuatro actos y del cual nos sorprenden los más extraordinarios sucesos. Mr. Davis llegará a ser un símbolo si es que ya no lo es. Especialmente un símbolo para las mujeres. El abrigo de pieles como la joya sin procedencia lógica o sin posesión efectiva, serán cargados a la cuenta del hipotético y no por eso menos real Mr. Davis... Y el marido complaciente quedará satisfecho. Es un subterfugio cómodo, de aplicación humorística.

El mérito de este libro reside en la mentira de Pardo y en las interpretaciones que descubre. Es curioso este caso. El autor parece no haber dado mayor importancia al hecho. Como hombre que observa con cierta indiferencia, la vida en torno, lo trató únicamente en humorista simple, pero sin calar en los fondos amargos o trágicos que el humor lleva aparejados, especie de escorzos de los humoristas a quienes la vida ha hecho sufrir y ha encontrado con bruscos y sordos asaltos. De aquí el superficialismo de esta obra. Es liviana, sonriente, ágil; pero su estilo es simple, como hecho a la pata llana. Muchos lectores se extra-

ñan del curso de los acontecimientos en el libro. Se desorientan. No le encuentra concordancia con la realidad. Olvidan que un humorista puede hacer y deshacer de la realidad, modificarla y fundándose en las observaciones de Wilde, mover en sus páginas, seres irreales, deformados y con cierto aspecto de caricaturas. Claro que a veces la lógica desaparece. Pero es que para el humorista la vida es absurda. Carece de lógica. Es fantástica. Contradictoria. Es como un escenario un poco guiñol. Las jugadas de Pardo en la Bolsa, por ejemplo, son jugadas extraordinarias, inverosímiles. Pero como están hechas por el socio, que vive en un mundo ajeno a la realidad cotidiana, adquieren el carácter de esas jugadas que se hacen en el reino de las abstracciones.

El Socio pudo tomar la línea de los equívocos terribles. Pero el autor se desvió de esa línea. Su calidad de humorista, obligado a tratar la vida en sorna, le indicó el otro camino.

Para hacer llevadera la vida, suelen los hombres o las mujeres, enredarse en una mentira. La mantienen, la alimentan, la llevan en alto, corren con ella a través de peligrosos despeñaderos o se balancean al borde de abismos temerosos. Por fin la convierten en un hecho real. Cuando un día, en un esfuerzo

supremo, quieren huir de ella, la mentira, más poderosa, los oprime entre sus dedos férreos y acaban por identificarse con ella. Es una interpretación.

Pardo vive de la mentira de Davis, el socio inexistente; pero vivo, más vivo que el propio Julián — porque, y ésta es otra de las ironías — los seres que viven cerca de nosotros la vida arbitraria que nosotros, con nuestras debilidades le hemos dado, son más fuertes y más sólidos que sus creadores y nos juegan muy malas pasadas. Davis es un tipo lógico, humano, que representa bien la contradicción del humorista; es decir, la burla de los personajes. Los personajes existentes son menos firmes que el personaje ilusorio. La mentira de Pardo no ha sido capaz de dominar al socio real y honrado, así como el autor ha dado mayor realidad y mayor lógica al héroe desconocido que es Davis, y no a la víctima que es, en definitiva, el ser exteriormente semejante a los demás personajes.

El Socio es un libro que sugiere muchas interpretaciones. La mentira o el sostenimiento de la metáfora es uno de los equívocos más trágicos de la realidad humana, y Prieto, aun cuando lo ha tratado en una forma regocijada y ligera, ha logrado hacer con él una novela sembrada de observación y de ironía.

JULIAN SOREL.



# EL MOVIMIENTO ESTRIDENTISTA EN MEXICO

Según el libro de Germán List Arzubide

Visto así por la periferia, es un libro muy elegante, muy chic, muy dernier cri; parece que va a defraudar la creencia revolucionaria-literaria que apedrea los balcones de lo eterno; sin embargo, entrando en el círculo nos encontramos con su mañana luminosa. List Arzubide hace su primera declaración: "... después de leídos, nuestros artículos servirán para envolver azúcar, y nosotros, cargados de minúsculos rayos, iremos dando toque a los enfermos de indolencia".

Como decía, al mirarlo así, este libro es demasiado elegante, se creería incapaz de demoler los viejos edificios para construir Estridentópolis, la ciudad nueva; sus páginas están cruzadas de sonrisas de mujeres, de cientos de mujeres, es un harem o una

garzoniera. Se habla en él de muchos poetas y cada uno tiene docenas de sonrisas femeninas que amenizan la partida. Es todo el movimiento literario-social en sus actitudes más de hoy, más de mañana. Maples Arce llena casi todas las páginas; Arzubide habla mucho de Maples y mucho de él también, y pone frente a nosotros un poema del primero, un gran poema que subraya los elogios.

Germán Cueto, el de los ojos de encantador de serpientes, tiene el libro rayado de dibujos, de caricaturas y de máscaras, más caras que servirían para ir a las fiestas de la Primavera si se nos ocurriese disfrazarnos de realidad; son una fotografía de nuestro rostro verdadero, el que llevamos debajo de éste, artificial y fingido, el rostro del espíritu.

Todos los personajes son reales, existen actualmente, publican libros, trazan proyectos y sin embargo, a través de las páginas son muñecos, muñecos de trapo que gritan y patean y forman escándalos y dicen discursos revolucionarios desde los balcones del "Café de nadie" que descubrió Maples Arce. Son muñecos lo mismo que las mujercitas de Arqueles Vela, poeta infinito, "el Sultán domesticado", mujercitas maniqués que fuman cigarrillos aromáticos y beben gin cocktail; él las remata o las vende y logra hasta ocho mil pesos por la señorita Etcétera, la mujer estridentista, la muñeca más muñeca y a la vez más mujer, en la garzoniera del escándalo.

Armando Zegri ejecuta también una danza universal respunteada

de aventuras líricas, y en su mirada triangular nos muestra la sombra de una bailarina rusa. Carlos Chaplin hace una pirueta sentimental y desaparece rápidamente detrás del telón de "El Gabinete del Dr. Caligari"; parecido a este otro, el del Dr. Ignacio Milán que remacha su oficina con una plancha inverosímil: "Consultas de las 27 a las 35" y quiere enfermar al mundo de inquietud y de ruido. Hasta John Rockefeller baila su premio \$ 500,000 un hombre preñado, — y el puntapié de los vanguardistas lo arroja de Estridentópolis, la ciudad absurda, construida lejos de la realidad cotidiana según los proyectos a 100 h. p.—de Germán Cueto y los arquitectos de lo in-

verosímil: List Arzubide, Maples Arce, Arqueles Vela, etc., etc.... Las paredes geométricas de los edificios estridentistas están pintadas con rouge o rimmel y perfumadas de sonrisas y de besos de mujeres; los hilos telefónicos alargan la perspectiva de las horas y los aeroplanos se entran por las anchas ventanas rectangulares, por las mismas ventanas donde los poemas salen compuestos con ruido de hélices y color de serpentinatas.

Esta es la estructura múltiple de la obra de Arzubide que azota las burguesías de indolencia con una liga de seda fragante o les arroja al rostro, como una piedra, un seno de mujer.

ALFONSO REYES MESSA

## LA ORACION DE LA RED

Yo poseo una red y la arrojo en mi mar, y ella aparece fulgurante de pensamientos; unos vienen de tan lejos, que yo no sabría adivinar su origen; acaso traen el rumor de los primeros árboles del mundo; otros se adelantan en una clámide de tristeza y una luz morada los circunda.

En esta pesca milagrosa vie-

nen todos los siglos; son un presente que atraviesa los días y llega a mí gastado como una estrella en el viento.

¿Qué mano lanzó montaña abajo, desde la cumbre donde se vacía la colmena del día, esta ola de pensamientos?

¿Quién empujó la barca desde la eternidad hacia mí?

Yo sólo sé que estoy penetrando de pensamientos, así como un espejo de luz. Si me tocáis el corazón volarán sobre las más altas torres. Se han purificado como el agua en la arena o están maduros y se deslien como los frutos de un árbol invisible.

En la noche, cuando tu recuerdo, mujer, me invade y se yer-

gue el espíritu inmóvil, como si quisiera morir; entonces desde el fondo de mí, lejanísimos y ajados por la desgracia, vienen acercándose mis pensamientos.

Y cuando todos se van, formando con la noche un amasijo lloroso, entonces, yo siento que soy aquel pescador, que al echar

la red en su mar, se quedó triste y mudo.

¡Yo debí tender mi red en tu corazón. Señor, y no lo hice! ¡Y acaso ya pasó la hora y sería tarde! Pero, ¿no esperas Tú siempre a la flecha que se ha perdidido y que ha de dormir un día en tu costado?...

ANGEL CRUCHAGA

## ESQUEMA

Ni complicaciones ni altivez. Un bar, un mesón; humo. Un jarro de vino áspero, cigarrillos. Caras turbias, y en mitad de la frente, escrito de cualquier modo, un deseo: aturdirse, cerrar los ojos a la vida, rodar.

Así, una noche, un año. Suena un acordeón. Aulla un perro. Bajo el cielo sin luz se pierde el rastro de los transeuntes. Los hombres y las mujeres caminan silenciosos, bamboleándose como chalupas a la deriva.

Después, al borde del río, por encima de la montaña, el alba mira con su ojo de cristal. Una brisa helada, cortante y hostil, refunfuña entre los árboles y los barrenderos escarban indiferentes la mugre que ha ido espar-

ciendo la noche sobre la dura corteza de la tierra.

Esto no es hermoso, ¿verdad?...

No. No es hermoso, seguramente.

Luego, cuando el sol enciende el fanal de la montaña, los hombres apuran el vaso de vino que hace olvidar y aplaca la sed, y luego se marchan, calle arriba, calle abajo, sin prisa.

En casa, el lecho vacío, rígido, helado como un ataúd, dice la verdad extranguladora y brutal.

Pero eso qué importa si no ocurre nada, ni pasa nada; absolutamente nada...

ALBERTO ROMERO.

EL MEJOR COMPLEMENTO DE LA LECTURA DE "LETRAS" ES LA REVISTA

## «ATENEA»

QUE PUBLICA EN SANTIAGO LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

SUMARIO DEL N.º 6 QUE APARECIO EN ESTOS DIAS:

MARIA MONVEL: El divorcio (comienzo de una encuesta sobre el tema del día).

ANTONIO ALIOTTA: La contingencia de las leyes naturales, según E. Boutroux.

ROBERTO MEZA FUENTES: Soledades (Poesías).

LUIS E. DELANO: En la tribu de Nahit Haidas.

E. R. CURTIUS: André Gide (conclusión).

JULIANA HERMIL: Meditaciones breves.

### HOMBRES, IDEAS Y LIBROS:

ENRIQUE MOLINA: Carta de Bélgica.

ALFONSO REYES: La última morada de Proust.

SILVIO D'AMICO: Ideología de Pirandello.

RAUL SILVA CASTRO: "El Socio", de Jenaro Prieto. Etc., etc.

Colaboración regular de los mejores escritores chilenos y americanos.

PIDALA USTED EN TODAS LAS LIBRERIAS

## Intelectuales, Novelistas, Estudiantes...

Una gran economía y regia presentación de vuestros

**Libros, Novelas, Memorias de Prueba, Revistas, Folletos, Periódicos, etc., etc.**

Obtendréis si lo mandáis a ejecutar

:: en los modernos talleres de la ::

**Imprenta "EL ESFUERZO"**

EYZAGUIRRE 1116, al lado S. Diego.— Teléf. Aut. 88049

PIDANOS PRECIOS. —:— Trabajos ejecutados en "Intertype" (Linotipia).



# LOS GRANUJAS DE POPLAR

Creo recordar ahora, cerrando los ojos, que habitábamos en Shadwell, hacia Saint-George street. No estoy de ello seguro. Y acaso una muy viva complacencia por la palabra Shadwell interviene en este ensayo de reconstitución. Habitábamos, según me recuerda, junto a un "dock" que no estaba muy lejos de Whapping station, a la entrada de un túnel que me llenaba de angustia. Muy niño, me alojaba en mi lecho al evocar este túnel. Llamaba a mi madre. Ella nunca estaba ahí. Debía traficar con los chinos de Limehouse. Yo tenía un hermano. No sé qué ha sido de él. Mi hermana también se ha perdido. Cuando era muy joven, me tomaba de la mano para llevarme a través de las callejuelas que descienden hacia el Támesis. Era una rubia muchachita de piernas sucias. Fácilmente mostraba su desnudez en espectáculo y se ganaba algunas monedas que los hombres tiraban al suelo, fingiendo mirar a otro lado. Yo recogía el dinero y se lo entregaba. Debía tener un nombre francés. — Annette, según creo — pues éramos franceses. Pero el nombre de mi hermana, el de mi hermano, y los de mi madre y mi padre se confunden en la decoración, todavía maravillosa y mal definida para mí, de los docks de Londres de no hace mucho tiempo. Guardo de mi infancia una visión irreal y precisa. Pienso que debía tener tres años: y recuerdo a mi madre hundida en una cama. Sus piernas y sus muslos desnudos daban una luz lívida en un cuarto que olía a ratas. Ahora sé que esta imagen se asemeja a cierta fotografía tomada por la policía una hora después del asesinato de una muchacha. Toda mi infancia depende de un elisé clasificado en los archivos de New Scotland Yard. En el chiribitil en que vivíamos como larvas lúbricas, las palabras adquirirían una significación que no he vuelto a escuchar. Mi padre sabía, por ejemplo, que era superior a una rata; pero sabía también que una rata y él eran iguales ante un lord o un sastre judío de Wentworth street. Mi madre — a pesar de todo el respeto que se hace necesario cuando se evoca esta palabra esencial — era una ramera de un rubio pálido y carne blanca que me espantaban, cuando la veía moverse con lentitud en la sombra de nuestro cuarto común.

Cuando mi madre aullaba:

¿Vas a venir, porquería?, mi hermana respondía: "Kiss my arse", expresión familiar de los granujas de nuestra especie.

Mi madre no encontraba mal esto. Pero pensaba que mi hermana debía ver en su respuesta una traza de malicia femenina ya provocadora. Entonces le lanzaba no importa qué por la cabeza y cuando Annette era alcanzada, callábase. Se producía un silencio que se me antojaba largo y después poníase a aullar. Tras de los gritos venía un lacrimoso discurso entresacado por los sollozos. En suma, no era más que una muchachita. En aquella época, yo debía ir curiosamente vestido. Hoy puedo preguntarme lo que era. La palabra "bebé" sugiere cierta elegancia, al menos cierta pulcritud. Yo no era un bebé.

He conocido después algunos muchachitos bastante impersonales que pueden darme una idea de mi silueta a los cuatro años, cuando vagabundeaba por el asfalto de Shadwell High street. Y aún está calle sobrepasaba la mediocridad de mi hora. Nací en una calle sin nombre, de padres sin nombre. Jugaba con niños, sin nombre, en una ciudad poblada de inmundicia y de detritus que se confundían libremente con la humanidad que ahí habitaba.

Como entre todos los miserables, unidos en una parodia de matrimonio, mis padres vivían bajo el régimen brutal y feroz de la carne. Se acoplaban "sin rima ni razón" — decía mi hermana. El gesto esencial del amor reemplazaba en ellos a los extravíos de la desesperación y debía llegar a un desvanecimiento físico comparable a los sobresaltos muy débiles de una imaginación muerta al nacer.

No sé qué oficio podía practicar mi padre. Lo cierto es que consideraba un lujo hacerse cortar los cabellos. Era un hombre sucio de larga cabellera. Yo estaba, después de todo, de tal manera habituado a la suciedad física, que durante mucho tiempo sentí cierta repulsión ante las gentes bien lavadas. Para mí se parecían a la idea que me había hecho de los cadáveres.

Un día, mi padre me llevó con él. Caminamos, a la caída de la noche, a lo largo de las casas que bordeaban una gran calle brutalmente iluminada por magníficas perlas azulinas — las lámparas eléctricas.

Muchos objetos de mal definida apariencia me deslumbraban. Continuamente preguntaba a mi padre qué era aquello. Y nunca mi padre sabía sus nombres. Yo concebía un inmenso respeto por él y por los objetos que veía.

Caminamos largo tiempo, y mis pequeños pies entorpecían de cansancio. Cuando encontrábamos un "policeman", mi padre arqueaba el lomo y me hablaba tan afectuosamente, que ya no lo comprendía.

No dejaba de repetirme: ¿Qué dices? ¿Qué dices?

Y una vez perdido el "policeman" en la sombra, mi padre respondía: — ¡Camina, Dios mío!... Me hacía arrastrar de la mano.

Llegamos a la esquina de una callejuela orillada de bajas casas de ladrillo. A la puerta de cada casa había una mujer con delantal blanco. Yo sabía que era una ramera. Entonces le pregunté a mi padre, con el tono alegre de aquel que ha comprendido: — ¿Vamos a ver a mamá?

Mi padre no respondió. Pene-tró en un sotechado cuyas abiertas puertas yo no había visto. Una ancha puerta mostraba un hoyo de bruma, sembrado — como una estación en la noche — de lucecillas de oro. Tomé a mi padre de la blusa. Se hundió en la oscuridad y divisé a hombres y mujeres que revolaban con palillos en un montón de cosas indistintas. Tenían en la mano una pequeña linterna.

Mi padre parecía amedrentado. También se puso a remover, bajo el rayo luminoso de la linterna de un vecino. Había sacado de su blusa un trapo que extendió en el suelo.

— Pondrás en el trapo lo que te entregue.

Muy atento, alineaba yo los objetos que me pasaba: cortezas de pan, que mi padre examinaba, condecor; huesos, restos de legumbres y frascos que habían contenido productos farmacéuticos. Cuando hubo terminado, reunió las cuatro puntas del trapo y las anudó para encerrar su botín. Antes de partir, recogió un despanzurrado muñeco de caucho y me lo tendió diciendo: — Tómalo, pues ahora es Navidad.

Tomé el muñeco y mi cabeza zumbó curiosamente. Me encantaba aquella palabra que no conocía. Mi padre había dicho: "Christmas day". Yo no sabía lo que eso quería decir; pero sentíame confiado, como un niño normal en el sol.

Entre mis camaradas de la calle, amaba muy en particular a una ciegucecita de mi edad, a quien llamaban Tess. También ella tenía una hermana — una hermana de la edad de la mía, es decir, una muchachita de doce años. Mi hermana sostenía conversaciones en voz baja con esta pillastre, a quien llamaban Jessie. Se escondían tras de las puertas, y cuando pasaban marineros u otros hombres, las oía fingir una tos.

Ordinariamente, Jessie y mi hermana nos sentaban, a la ciega y a mí, contra un montón de madera, de espaldas al agua negra que cabrilleaba en el ribazo. Tess, muy inteligente y seria para sus edad, me narraba historias. Siempre hablaba de los hombres. Decía: — "Es hermoso un hombre. Es grueso, pesado, eructa para hacer reír a las muchachas. Yo sé lo que es un hombre: un pantalón con la nariz en el vientre. Cuando sea grande, me iré con los hombres, como Jessie y como Annette. Tú, tú eres un "duchter", no eres como los hombres de aquí; pero con mis manos sabría reconocer a todos los hombres".

Hurgaba ágilmente bajo mis ropas.

— También tienes la nariz en medio del vientre; pero es como una rata pequeña.

Yo reía de contento. Entonces la ciega volvía tristemente hacia mí su linda cabeza rubia sin luz.

— Jessie conoce bien a los hombres. ¿Y cómo les contesta! Dice: "¿Pagas un penique, señor?" o bien otras palabras que no conozco, pues hay que conocer el lenguaje de los hombres. Anoche soñé con un hombre bello, escondido en una torta en que se tocaba música. Tenía los cabellos suaves como la piel de una rata. Se cubría con una gran caja esponjosa, como un "policeman". Sus ojos eran dos bolas

fuera de su cabeza. Pero sus manos... ¡qué lindas manos! En la belleza no son bellas sino las manos. Las manos de los hombres son más hermosas que las de las mujeres y tienen un buen olor que las mujeres no poseen. ¡Cuánto amaría a un bello hombre, todo manos y olor!

Se inclinaba hacia mi rostro: — Bésame.

Pasaba sus diminutas manos por mis cabellos, frotaba su naricilla contra mi cara:

— Hueles bien, — decía casi desvaneciéndose.

\* \* \*

Nuestras dos hermanas nos conducían a menudo a Limehouse, para oír a un extraño músico, a quien llamábamos el Soldado. Era un mocetón de largos cabellos. Usaba una vieja gorra de colegial y tocaba canciones de la ciudad en un acordeón templado como un órgano de pedales.

La ciegucecita adoraba al músico. Preguntaba:

— Dime, Jessie, dime cómo es...

Pero las hermanas, muy serias, no respondían, porque la música les mordía el pequeño corazón en sus pechos lisos. De vez en vez, nos tiraban bruscamente de la mano para hacernos callar y acompañaban en sordina el canto de amor.

En aquella época, no sé por qué prodigio, mi hermana pudo usar el clásico delantal blanco y el gran sombrero de altas plumas de las pequeñas vendedoras de flores de la ciudad de Londres.

Me pareció así perfectamente hermosa. Y esta es la más seductora imagen que guardo de ella en mi recuerdo. Este embellecimiento coincidió con la muerte de nuestro padre. No sé a ciencia cierta cómo murió. Los detalles de este acontecimiento se confunden en mi memoria con los bellos días de sol en que me dejaba vivir lo mismo que una bestiecilla mal cuidada, junto a mi compañera de ojos extinguidos.

La respetaba infinitamente, porque era ciega. Así me parecía

misteriosa y casi divina — si hubiera conocido esta palabra.

Sin embargo, sabía que ella no permanecería, acaso, toda su vida entre sombras. Jessie había dicho a mi hermana, en una ocasión en que condujera a Tess al hospital:

— Han declarado que posiblemente podrá ver un día.

— ¡Pobrecita! — había respondido Annette, preparando un ramo.

Desde que vendía flores, Annette parecía menos viciosa y más corriente. Ya no se interesaba por las callejeras historias de Jessie, la aventurera.

La prevenía amistosamente, sin gatzmoñería, contra los peligros de su profesión. Parecía jugar a la vendedora que da consejos a una pequeña cliente encinta.

En cuanto a Jessie, era una auténtica bribona. Bailaba levantando su falda por sobre su cintura, con hilarantes e instintivas actitudes de "girl", como las que veía en los carteles. Y esto comenzaba a encender las mejillas de los chicos de quince años.

Jessie resbalaba en la noche de los docks como una ratita blanca. Ya corría a citas de amor. Su hermana pequeña crecía. Yo crecía. Mi hermana se convertía en una verdadera lady, comparándola a las otras muchachitas de Poplar. Los días y las noches comenzaban a hacerme más obsesivos de los que podía retener. A menudo había entrado en un "Boxing" de Commercial Road y a los diez años sabía servirme de mi "derecha" y de mi "izquierda" como de dos bielas brillantes de una máquina para golpear.

Una noche, mi hermana no volvió al cuarto. Tenía en aquella época cinco años más que yo. No la he vuelto a ver nunca. A veces pienso en ella al contemplar una hermosa dactilografía tras las vidrieras de un Banco, en el Strand. Y diviso su delgado cuerpo, convertido en presa de asesinos y despedazadores, en un paisaje imaginario, conforme a los colores de mi infancia.

PIERRE MAC ORLAN.  
(Traducido para Letras)

## P O E M A

Transatlántico vertiginoso  
anclado ahora entre tu voz y mi silencio,  
la noche llegando de las anchas bahías del cielo  
que encienden las lucas azules  
de sus muelles de bruma.  
Un marinero desconocido en el timón  
y la brújula marcando la dirección de tu nombre.  
Viejas jornadas de pesca, reparto de canciones,  
y viajes hablando lenguas diferentes  
alrededor de nosotros

Acabo de llegar. Venía de regreso.  
Es la hora en que trizamos la soledad como un espejo.  
La verde soledad enarcándose como un gato de Angora  
y echándose a dormir a tus pies.  
Tú la acaricias, porque es lo mismo que la soledad  
de los puertos.  
Detrás de ella estamos nosotros esperándonos.  
Entre la lluvia siempre resbalan los ojos del verano.

Tu voz, la mía, NOSOTROS.  
Este cariño irguiéndose,  
este cariño que cuidamos  
lo mismo que los niños un globo,  
porque mañana puede irse.  
Este cariño que a mí me ha hecho alegre,  
y es para ti un juguete  
que te haría llorar si lo perdieras.  
Dejamos las palabras pegadas al cristal de la noche.  
Como un marinero tengo en la pipa las estrellas del Norte.

A. GANDARILLAS DIAZ.